

servancia exacta de los mandamientos divinos. Si esto es así, dirán los herejes, y quizá diréis algunos de vosotros, ¿por qué nos ponderais tanto la devocion á María santísima? ¿por qué nos decís que es prenda segura de salvacion? — Lo decimos, no porque creamos que María santísima salve á aquellos devotos que viven y mueren obstinados en la culpa, como maliciosamente se ha querido suponer; sino porque estamos ciertos de que quien le profese una cordial devocion no se obstinará en el pecado; porque ella le ablandará el corazon, le animará á la penitencia, le alcanzará gracia para llorar sus pecados, para triunfar de las tentaciones, para observar la ley de Dios, para perseverar en el bien, para llegar á la corona. ¿Es esto fomentar la iniquidad? ¿es esto borrar el Evangelio? ¿Hay en todo esto algo que no pueda hacerlo aquella gran Reina, á quien la Iglesia llama *Virgo potens*, es decir, Vírgen llena de poder?

La dificultad está, me diréis, en que ella quiera empeñar este su gran poder por la salvacion de sus devotos. — Callad, callad, que hablando así haceis el mayor agravio á su bondadoso corazon. Ella ha visto padecer á su amado Hijo por la salvacion de nuestras almas, ¿y no la deseará?... Por nuestra salvacion le ha visto llagado con los azotes, y traspasado con las espinas, ¿y no la procurará?... Por nuestra salvacion le ha visto derramar toda su preciosa sangre, y morir desangrado en una cruz, ¿y no hará cuanto pueda para conseguirla?... Para decir esto, sería menester suponer que ella mira con indiferencia, no ya la salud de sus devotos, sino los tormentos y la muerte de su propio Hijo. ¿Y es posible esto? Pensadlo...

A mas de que, nunca echeis en olvido que ella es nuestra madre, y mas madre que aquella mujer que nos concibió en sus entrañas, y nos dió el ser natural que tenemos; pues lo es, no solo por habérsela dado por tal su divino Hijo antes

que espirase en la cruz, sino tambien por habernos ella engendrado con una concepcion la mas tierna y amorosa. ¿Engendrado? Cuidado, lengua mia, no te deslices en herejías y blasfemias. No digo blasfemias ni herejías, cristianos, cuando aseguro que María es nuestra madre por generacion, pues antes que yo lo ha dicho san Antonino de Florencia: *Maria mater nostra ob genituram*<sup>1</sup>. Pero ¿cómo por generacion, ó gran Santo? ¿Quién oyó jamás tal cosa de una vírgen, y vírgen tan pura como María? Vuelvo á decirlo, responde este Obispo tan católico como santo, María es nuestra madre por generacion, y por una generacion incomparablemente mas afectuosa, perfecta y sublime que la natural. Pues así como Jesucristo nos engendró á la vida de la gracia padeciendo y muriendo en la cruz, así María santísima nos engendró místicamente en su corazon compartiendo con su Hijo las inmensas penas que sufrió por nosotros; y al modo que Jesucristo, engendrándonos con tantos dolores en el lecho de la cruz, puede decirse nuestro padre por generacion; igualmente María santísima, habiéndonos concebido con tantas amarguras en su corazon, debe llamarse por generacion nuestra madre: *Mater nostra ob genituram*.

Pregunto ahora lo mismo que preguntaba Dios por boca de Isaías: *Numquid oblivisci potest mulier infantem, ut non misereatur filio uteri sui*<sup>2</sup>? ¿Es posible que una Madre tan buena como María santísima no se compadezca de sus hijos, y deje perecer eternamente á los que concibió de un modo tan amoroso en su tierno corazon? Si entre nosotros hubiese la ley de que ningun hijo pudiese ser condenado al último suplicio sin que su misma madre firmase primero, y de buen grado, la sentencia del juez, ¿serian muchos los hijos que muriesen en el

<sup>1</sup> D. Anton. Sum. 4 part. tit. 15, cap. 2. — <sup>2</sup> Isai. LXIX, 14.

patíbulo? Vosotros conocéis bien que no. Porque ¿cuál sería la madre que tendría corazón para suscribir á la muerte violenta de su hijo? ¿A cuál no se le resistiría el brazo, y no le caería de la mano la pluma, en el caso que lo intentase? ¡Ah! que el amor natural se sublevaría en su mismo corazón, y no le permitiría sacrificar una víctima tan amada. Yo veo que cuando Abraham va á sacrificar á Isaac sobre la cumbre del monte, tiene buen cuidado de que Sara su mujer quede en casa, y no asista al sacrificio. ¿Y por qué esto? Porque Sara, aunque muy santa, era madre, y había peligro de que se opusiese á la muerte de su hijo. Veo igualmente que al conocer Agar que su hijo Ismael va á morir de sed en el desierto, le coloca al pié de un árbol, le da un beso, y se retira. ¿Y por qué esto? Porque es madre, y el amor materno no le permite ser testigo de una escena tan lastimosa. No es para mí, exclama sollozando, no es para mí presenciar la muerte del niño: *Non videbo morientem puerum: et sedens contrà, levavit vocem suam, et flevit*<sup>1</sup>. ¡Ah! cristianos: si las madres naturales no pueden resignarse á intervenir en la muerte temporal de sus hijos; María santísima, que las excede á todas en bondad y ternura, ¿podrá ver con indiferencia la muerte eterna de sus devotos? ¿No hará todo lo posible para librarlos de ella? Esto sería renunciar, no ya al título de clemente, del que tanto se honra, *Virgo clemens*; sino al dictado de fiel, que tan justamente le corresponde, *Virgo fidelis*.

Para que comprendais si esto es posible, oid una historia que nos refieren los Libros santos. Había mandado Dios á Josué que marchase con su pueblo á la conquista de la tierra de promisión, asegurándole que estaría con él, y le haría triunfar de cuantos enemigos se le presentasen. Muy confiado Josué

<sup>1</sup> Gen. xxi, 16.

con esta promesa, emprende la marcha; pero hé aquí que al llegar á la tierra de Haí, se sublevar sus moradores, y derrotan parte de su ejército. Viendo esto, eleva sus quejas á Dios, y recordándole sus promesas, ¡ah! Señor, le dice, todo el mundo sabe la palabra que nos teneis dada, y todo el mundo sabrá tambien la derrota que acabamos de sufrir: *Audient Chanaanæ, et omnes habitatores terræ*<sup>1</sup>. Y ¿qué dirán cuando lo sepan? Dirán, ó que nos habeis engañado, ó que habeis sido impotente para salvarnos. Y entonces ¿qué será del honor de vuestro gran nombre? *Quid facies magno nomini tuo*<sup>2</sup>? No bien hubo acabado Josué de proferir estas palabras cuando le dijo el Señor: No temas, no desmayes, que yo sabré cumplir la promesa que os tengo hecha, y os introduciré felizmente en la tierra de promisión.

Otro tanto me parece está obligada María santísima á decir á sus verdaderos devotos en virtud de las promesas que les tiene hechas. Ella les ha prometido, no una, sino muchas veces, que en premio de su devoción les alcanzará el cielo. Los que me honran, les ha dicho por el Eclesiástico, alcanzarán la vida eterna: *Qui elucidant me, vitam æternam habebunt*<sup>3</sup>. Los que me hallaren por medio de una verdadera devoción, les ha repetido en los Proverbios, hallarán gracia en esta vida, y el paraíso en la otra: *Qui me invenerit, inveniet vitam*<sup>4</sup>. Dichoso el hombre, les ha dicho tambien, que acude cada dia á las puertas de mi misericordia, y aguarda diligente en el umbral de mi clemencia: *Beatus homo qui vigilat ad fores meas quotidie, et observat ad postes ostii mei*<sup>5</sup>. ¿Por qué? Porque, dice, este tal conseguirá de Dios la gracia y la gloria: *Hauriet salutem à Domino*<sup>6</sup>. Lo mismo les está diciendo todos los dias

<sup>1</sup> Jos. vii, 9. — <sup>2</sup> Ibid. — <sup>3</sup> Eccli. xxiv, 31.

<sup>4</sup> Prov. xxiv, 35. — <sup>5</sup> Ibid. — <sup>6</sup> Ibid.

por boca de los santos Padres, de los teólogos y de los predicadores : por manera que sería muy difícil hallar uno que directa ó indirectamente no haya hablado de esta promesa.

Ahora bien, cristianos, habiendo María santísima empeñado tan pública y solemnemente su palabra, ¿podrá revocarla? No cabe en su fidelidad : *Virgo fidelis*. Suponed que un cristiano, movido de sus dulces promesas, resolviese dedicarse fielmente á su servicio, y así la sirviese en efecto toda su vida ; y que al último recibiese un cruel desengaño, y se viese perdido sin remedio. ¿Qué podría decirle este cristiano? Lo que Josué dijo á Dios despues de la derrota de Haí. Vos, Señora, podría decirle, me habíais prometido alcanzarme el cielo si os servia con fidelidad : lo he hecho, y no obstante me condeno. ¿Qué dirán los enemigos de vuestra gloria cuando lo sepan? Dirán, ó que vuestras promesas fueron engañosas, ó que Vos sois impotente para salvarme. Y luego ¿qué va á ser de vuestro honor? ¿qué de vuestra devocion? ¿qué de vuestro nombre? *Quid facies magno nomini tuo?* De hoy mas ya no podrán los predicadores hablar tan alto sobre vuestra devocion, ya no harán autoridad aquellos libros en que tanto se pondera vuestro poder, ya no será decir nada el decir que vuestros verdaderos devotos alcanzan la vida eterna. Yo lo he sido, y con todo me pierdo. ¿Es que no podeis salvarme?... ¿Es que no quereis?... Si no podeis, no merecis el título de Reina : si no quereis, no teneis corazon de madre.

Así parece podría quejarse con María santísima uno que, habiéndola servido fielmente toda la vida, se viese al fin abandonado de ella, y condenado al infierno. ¿Y os parece si ella está para escuchar semejantes reconvençiones? Ya me parece la oigo decir lo mismo que Dios contestó á Josué : No temais, hijos mios, no desmayeis, que yo sabré cumplir la palabra que os tengo dada, y os introduciré felizmente en la bienaven-

turanza eterna. Esta ya no es causa exclusivamente vuestra, es asunto que tambien me toca á mí : en esto ya no se atraviesa solamente vuestro interés, se atraviesa tambien mi honor, mi reputacion y mi buen nombre. Hasta ahora no ha entrado en el infierno nadie que haya sido verdadero devoto mio: el infierno es para los que me desprecian, no para los que me aman y me honran. Hijos, amad á vuestra Madre : discípulos, seguid á vuestra Maestra : quien me ama no peca, quien me sigue no cae, quien me honra no queda abandonado, quien me profesa una sincera devocion recibe en premio la bienaventuranza eterna.—Así se cumpla en mí y en vosotros. Amen.

#### Idea de la verdadera devocion á María santísima.

Rationabile obsequium vestrum. (*Rom. xii, 1*).

Así como por defecto de la vista corporal hay quien equivoca los objetos, tomando la sombra por el cuerpo, y la apariencia por la realidad ; del mismo modo, por falta de conocimiento en las cosas espirituales, hay muchos que equivocan las especies, tomando por virtud lo que no es mas que su imagen, su sombra y su apariencia. Así vemos que frecuentemente se toma por celo el atolondramiento, por prudencia la flojedad, por moderacion la avaricia, por pundonor el orgullo, y por amor de la justicia lo que no es mas que un deseo de venganza. Esto que sucede con todas las virtudes en general, sucede, no sé por qué, muy especialmente con aquella que se llama devocion á María santísima. Entre los muchos que presumen tener esta virtud, son tan pocos los que la poseen realmente, que si hubiésemos de contarlos, entre millares apenas encontraríamos uno ; sucediéndonos lo que acaeció á aquel

filósofo de la antigüedad, quien, buscando con gran diligencia, y con una linterna en la mano, un hombre, no pudo hallarle, por mas que le buscaba en un gran concurso de personas, y tropezando con hombres á cada paso. ¿Cuántos presumen ser grandes devotos de María santísima solo porque conservan en casa alguna imágen suya, ó porque le rezan alguna oracion diaria, ó porque le hacen una que otra visita en algun altar ó santuario?

Hermanos, dice san Pablo hablando del obsequio que se presta á Dios por medio de la fe, no os equivoqueis sobre este punto interesantísimo: hay una fe que agrada á Dios, y hay otra que le desagrada: una que le honra, y otra que le deshonra: una que es juiciosa, prudente y discreta, y otra que carece de juicio, prudencia y discrecion. Haced que la vuestra sea del primer género: *Rationabile obsequium vestrum*. Lo mismo os diré yo acerca de la devocion á María santísima. Hay una devocion que es sólida y verdadera, y hay otra que es aparente y falsa: una que agrada á María santísima y merece su bendiccion, otra que le desagrada y se atrae su desprecio. Cuidado en no tomar la apariencia por la realidad, cuidado en no equivocarse la falsa devocion con la verdadera; porque este error podria acarrearos daños incalculables. Para que sea verdadera vuestra devocion hácia María santísima, debe ir acompañada de tres cosas: de un gran cuidado en no ofender á Dios, de una esmerada solicitud en imitar sus ejemplos, y de una diligencia regular en obsequiarla con actos de religion. Estadme atentos, y os lo probaré.

Así como injustamente se llamaria súbdito fiel de una reina quien urdiese conjuraciones contra la vida de su real hijo, así muy impropriamente se dice verdadero devoto de María

aquel que con culpas mortales renueva los dolores y la muerte de su Hijo Jesús. No maltrateis á mi hijo Absalon, decia David á los soldados que iban á pelear contra aquel hijo desnaturalizado, que queria arrebatarse la corona á su padre para hacerse rey, no maltrateis á mi hijo Absalon: *Servate mihi puerum Absalom*<sup>1</sup>. Es un rebelde, ya lo sé: es un traidor, no hay duda; pero es mi hijo. Con iguales palabras, y con mas justa razon, dice la Virgen á los que quieren ser contados en el número de sus verdaderos devotos: *Servate mihi puerum Jesum*, no maltrateis con culpa grave á mi querido Jesús: él es dulce parto de mis entrañas, él es todo el amor de mi corazon; y cualquiera ofensa que le hagais, como de rechazo viene á herirme el alma.

Inferid de aquí, cristianos, cuán mal entienden la devocion de María santísima aquellos que por una parte la honran con algunos actos de religion, y por otra viven enredados con ocasiones próximas, permanecen en sus malos hábitos, y difieren siempre el dia de su penitencia y conversion. A estos pudiera decir ella lo que el profeta Ahías dijo á la mujer de Jeroboam cuando se le presentó disfrazada para que no la conociese. ¿Por qué, le dijo, vienes con ese traje mentiroso? ¿Por qué finges ser la que no eres? *Quare aliam te esse simulas*<sup>2</sup>? ¿Piensas que no te conozco? ¿Piensas que no sé que eres la mujer del impío Jeroboam, rey malvado é inícuo, que está manchando el trono de Israel con las mas execrables maldades? Yo te aseguro que, á pesar del disfraz, te conozco bien, y que te haré sentir las duras reconvenciones que mereces. En iguales términos habla María santísima á todo y cualquier cristiano que, bajo el manto de una devocion falsa y aparente, encubre una alma toda llena de culpas. ¿Por qué, le dice, com-

<sup>1</sup> II Reg. xviii, 12. — <sup>2</sup> III Reg. xiv, 6.

pareces delante de mí con ese traje de devocion? ¿Por qué te finges el que no eres? *Quare aliam te esse simulas?* ¿Piensas que no te conozco? ¿Piensas que no sé que eres un impuro, un blasfemo, un enemigo de mi Hijo? Yo te aseguro que no me dejaré engañar por esa devocion falsa con que te presentas: y si tú piensas que ella te valdrá para escapar los juicios de Dios, y continuar impunemente en tus desórdenes, yo lo pienso de muy otro modo.

Luego, diréis, los pecadores nada tienen que esperar de María santísima: y esto supuesto ¿cómo se llama refugio de pecadores? — Es que entre pecadores y pecadores hay mucha diferencia. Pecadores hay que lo son por pura fragilidad, y aunque actualmente esclavos de la culpa, en cierto modo la aborrecen, desean salir de ella, y acuden á María santísima para que les ayude á levantarse. A estos pecadores les digo que pueden acudir á María con toda confianza, que pueden esperar todo de ella, porque respecto de ellos se verifica que es Madre de pecadores. Otros pecadores hay que, digámoslo así, lo son por sistema, porque viven contentos con el pecado, no tienen voluntad de dejarlo, y solo acuden á María para poder continuar en él con mas seguridad, creidos de que su devocion los pondrá á cubierto de las sorpresas de la muerte, de la indignacion de Dios, y de los castigos del cielo. A estos pecadores he de decirles, que si piensan lograr esto de la mas santa de todas las criaturas, de la mas fiel á Dios, de la mas celosa de su gloria, se engañan miserablemente; porque sin la voluntad, á lo menos, de dejar la culpa, así como nadie puede llamarse verdadero devoto suyo, nadie tampoco puede prometerse su proteccion.

A mas de esta voluntad, otra cosa debe acompañar la devocion á María santísima, y es la imitacion de sus virtudes. Ella las poseyó todas en grado eminentísimo, pudiéndose ase-

gurar que sobresalió tanto en todas, como si cada una hubiese sido su virtud favorita y especial: sin embargo parece que en tres se hizo mas notable, y quiere ser especialmente imitada de nosotros, á saber, en la humildad, en la pureza y en el amor de Dios.

Cuán humilde fuese en su corazon bien claro lo dice aquella turbacion que experimentó su alma cuando oyó que un Ángel la saludaba con el título, hasta entonces nunca oido, de llena de gracia: *Ave gratia plena*: bien patentemente lo indica aquella confesion sincerísima que hizo de ser la esclava del Señor en el mismo acto de anunciársele que era elegida para Madre suya: *Ecce ancilla Domini*: bien manifestamente lo revela aquella santa ingenuidad con que atribuyó á la sola generosidad del Señor, y no á sus propios méritos, las grandes maravillas que se habian obrado en ella: *Fecit mihi magna qui potens est*. Quien quiera ahora saber cuánto se humillase exteriormente, observe como atraviesa á pié los montes de Judea para visitar á la pobre familia del santo Precursor: vea como, siendo de sangre real y Madre de Dios, se detiene allá algunos meses para servir á su prima, y hacer con ella el oficio de criada: mire como en el templo se coloca en la clase de las mujeres inmundas, y pide ser purificada de las manchas que no tiene: note como pasa la vida oculta y retirada, ocultando cuidadosamente sus altos privilegios, y procurando evitar los aplausos que indudablemente le hubiera tributado el público, si ella se hubiese dado á conocer por la que era. Hijo, dice aquí María santísima á cada uno de sus devotos: *Ne dimittas legem matris tue*<sup>1</sup>, no pierdas de vista estos ejemplos de humildad que te he dado, procura grabarlos en tu corazon, y practicarlos fielmente; que no es propio de un buen

<sup>1</sup> Prov. 1, 8.

hijo ser lo contrario de lo que fue su madre. Yo tan humilde, ¿y tú tan soberbio?... Yo tan amante de los desprecios, ¿y tú tan codicioso de gloria?... Yo tan sujeta á todos, ¿y tú para con todos tan altivo?... Si así habia de ser, ¿qué necesidad habia ni de que tú me eligieses por madre, ni de que yo te tomase por hijo? *Si sic mihi futurum erat, quid necesse fuit concipere* <sup>1</sup>?

La otra virtud que María cultivó con particular cuidado, y en la que desea especialmente ser imitada de sus devotos, es la pureza. ¡Ah! ¿quién podrá explicar el grande amor que ella tenia á esta virtud angelical? Mirad como, siendo niña de pocos años, se presenta en el templo, y sin haber visto ningún ejemplo que la anime á hacer voto de castidad, porque hasta entonces no lo habia habido en el mundo, enarbola la primera el estandarte de la pureza, y se consagra á Dios con el juramento de conservarla intacta toda su vida. Mirad como, diciéndole el Ángel que es elegida por Madre del Hijo de Dios, y temiendo ella que esta dignidad le cueste el sacrificio de su amada pureza, la rehusa por de pronto, y no la admite hasta que está cerciorada de que su virginidad quedará intacta. Mirad como, no obstante el saber que está confirmada en gracia, huye con cuidado de todo cuanto pudiera acarrear algún peligro á su pureza, evitando el trato de los hombres, viviendo apartada del mundo, no saliendo jamás de casa sino en compañía de alguna persona autorizada. ¡Ah! cristianos: ¿podeis dejar de practicar una virtud que tanto agrada á María? ¿Os atreveréis á llamaros devotos suyos, no practicándola? ¿Tendréis valor para comparecer en su presencia manchados con la impureza? Si tal hiciéreis, estad ciertos que ella volvería la cara para no veros.

<sup>1</sup> Gen. xxv, 22.

Por último, quiere María que sus devotos la imiten en el amor de Dios. Cuán grande, cuán acendrado fuese el amor que ella tuvo á Dios, ni yo soy capaz de declararlo, ni vosotros de comprenderlo. ¿Quereis sin embargo conocer en algún modo á qué grado llegó este amor? Por medio de un cálculo aritmético lo conseguiréis. Suponed que en su concepcion no hubiese tenido mas que un solo grado de este amor, y que con el continuo ejercicio no lo hubiese aumentado cada dia mas que el duplo de su cantidad: necesariamente resulta que en el segundo dia ya tenia dos, en el tercero cuatro, en el cuarto ocho, en el quinto diez y seis, en el sexto treinta y dos. Y si proseguís duplicándolos por dias, hallaréis que á los dos meses de ser concebida, ya debió poseer cuatrocientos noventa y seis millones de millones de grados de amor. ¿Qué seria á los nueve meses, cuando salió á luz? ¿Qué á los diez y seis años, cuando fue verdadera Madre de Dios? ¿Qué á los setenta y dos años, cuando terminó el curso de su vida mortal? La aritmética no tiene números para formar este cálculo. Pues todavía pregunto: ¿cuán grande seria este amor si, como aseguran algunos Padres de la Iglesia, fue desde su concepcion mayor que el de todos los Ángeles juntos; si se multiplicó, no cada dia, sino cada momento; si esta multiplicacion fue, no duplicada, sino multiplicada á centenares? Solo vuestra sabiduría, ó mi Dios, es capaz de comprenderlo. Inferid de aquí, devotos de María, cuán vivamente desea ella que tambien ameis á Dios. Si los Santos, que han poseido el amor divino en un grado incomparablemente mas bajo que ella, han hecho esfuerzos tan grandes para encenderlo en los corazones, que por ello han sacrificado su reposo, sus intereses, y algunos su salud y su vida, ¿cuánto deseará ella que este amor divino prenda en el vuestro? Si el mayor obsequio que se puede hacer á una madre es mostrar afecto al niño que tiene en los brazos, ¿cuánto

agradecerá ella que lo mostreis á su Hijo Dios, á quien tiene un amor sin comparacion mas grande del que tienen todas las madres del mundo á sus hijos? No dudeis que este amor de Dios es la principal prueba que ella os exige de la sinceridad de vuestra devocion.

Mas para que vuestra devocion sea cabal y perfecta, es necesaria una diligencia regular en obsequiarla con actos de religion. No es posible que yo haga aquí una enumeracion exacta de todos los actos que podeis hacer en obsequio suyo; porque estos son tantos, cuantas son las acciones que rinden culto: me bastará insinuar algunos que por de pronto me ocurren. Elegirla por madre con alguna solemnidad, es decir, despues de haberse dispuesto con una confesion santa y una comunion fervorosa; acudir á ella con confianza en cualquiera tribulacion ó necesidad; rezarle cada dia su santo Rosario; visitar alguna imágen suya siempre que se vaya á la iglesia; prepararse devotamente para confesar y comulgar en sus principales solemnidades; mortificarse algunas veces por su amor, especialmente con abstenerse de las faltas acostumbradas; procurar insinuar su devocion á los amigos, á los domésticos y dependientes; hé aquí unos actos que honran mucho á María, y que pueden hacerse sin gran trabajo ni dificultad.

Haya en vosotros una voluntad pronta á honrarla, con absteneros del pecado, con imitar sus virtudes, y con tributarle los actos de obsequio que acabo de indicar, y de este modo seréis contados en el número de sus verdaderos devotos, seréis acogidos debajo del manto de su proteccion, experimentaréis sus bondades en la vida presente, y en la otra seréis compañeros de su gloria. Amen.

## FIESTA DEL CORPUS.

*El cura ha de procurar que esta festividad se celebre en su parroquia con todo el esplendor y solemnidad posible, conforme á lo que canta la Iglesia en el Oficio del mismo dia: Quantum potes, tantum aude: quia major omni laude, nec laudare sufficis. Mas todo este aparato de religion de nada serviria, si el pueblo no lo presenciase con una fe viva, con un amor tierno, y con un sincero reconocimiento. ¿Qué aprovecha lucir en tal dia los mejores ornamentos, y hacer ostencion de cuanto la naturaleza da de mas rico, y de primoroso y perfecto el arte, si, como ordinariamente sucede, los cristianos conservan el corazon helado y el alma insensible respecto al tierno y sublime misterio de la Eucaristía, en cuyo honor se emplean aquellas cosas? Mas agradaria á Jesucristo un culto sencillo y pobre, pero acompañado de religion y piedad, que esos cultos magníficos y solemnes, presenciados por gente sin religion y sin fe. Y por nuestra parte aseguramos, que con mas gusto asistiríamos á una de aquellas fiestas sencillas en que los fieles de la China veneran llenos de fe y amor á Jesucristo en una pequeña basílica formada de ramas de árboles, que á estas fiestas solemnes y fastuosas, en que Jesucristo se ve rodeado de gran magnificencia material, pero expuesto á los desaires y groserías de un pueblo indiferente é indevoto.*

*Por esto el gran cuidado del cura, al anunciar la fiesta del Corpus en el domingo de Trinidad, ha de ser despertar la fe de sus feligreses en orden al augusto Sacramento de nuestros al-*